

de serlo; es porque, de niño, grumeteó con la vieja marinería bretona; y si no haciendo presas, prueba hizo de bravura en cuarenta años de contrabando. ¡Cuarenta años!... Siempre á tiro firme y cuchillazo limpio con «los guardas del rey».

—Aquéllos, los de su infancia, eran buenos tiempos. Aquélla, la de su juventud, gente dura de mar. No ésta de ahora, que toma café y se pone los domingos botas de charol y se lava con agua dulce. Manos de cera para el remo y corazones de manteca para los peligros.

—¡Vergüenza es—siempre habla *el Corsario*—en lo que ha venido á parar la marinería bretona!

Antes, los hombres echaban mar adentro, siempre mar adentro, en embarcaciones pequeñas, pero capaces de todo por obra de su tripulación. Ahora, con barcos grandes, se pasan la vida consultando el barómetro, y no salen en cuanto éste baja unas líneas... ¡Puaf! ¡Qué gentuza!—termina *el Corsario*.

Sus compañeros asienten con un gesto, sorben del jarro y mascan con desprecio las pipas.

—Es una vergüenza para el mar de Bre-

taña la morralla que anda por él—repite *el Corsario*.

En su época daba gozo ver aquellos marineros recios, despeinados, que iban por la embarcación silenciosamente, con la cabeza metida en los hombros, sin dirigirse la palabra más que para las urgencias de la maniobra.

Dentro del barco, incansables para el trajín, terribles para la pelea, sumisos en obedecer al patrón.

Y cuando saltaban á tierra, cuando incendiaban sus cabezas con el «vino de fuego», ¡eran de ver aquellos hombres! Como olas de temporal caían en las poblaciones. A su paso cerrábanse las tiendas; la gente no se atrevía á salir de las casas. Ellos quedaban por amos del cotarro, bebiendo, estrellando botellas, convidando mozas de partido, rompiéndose unos á otros la crisma, cuando no había entretenimiento mejor. Volvían al barco, al finalizarse la plata, cogidos del brazo, dando tumbos de extremo á extremo de la calle. Hasta el muelle les duraba el aguante. Una vez en él, caían dentro de los botes como fardos.

Aquello acabó. Hoy, hasta para emborra-

charse tienen los marineros hora. Así anda la marina. No pasaría con estos bretones de agua dulce lo que cuando Marcoff.

Los cuatro marineros se quitan las boinas al oír el nombre de Marcoff. Compañero es en las veneraciones suyas de Santa Ana de Auray. *El Corsario* repite la historia por vez millonésima.

—Marcoff, ¿eh?—gruñe triunfalmente—. ¡Nuestro Marcoff! ¡El Marcoff de los bretones de verdad! ¡El corsario espanto de Inglaterra! ¡Acercaos, marinerillos de veinte años, y oid lo de Marcoff!

La gente moza, entre riendo y admirando, forma grupo en torno de los viejos, para oír «aquello de Marcoff».

El Corsario dice:

«Fué hace mucho tiempo. Cuando marinaba mi abuelo: á él se lo oí contar. Siempre que me lo contaba, decía: «Aprende. Así es, así debe ser el buen marinero bretón.»

»Pues sí; fué hace mucho tiempo. Años después de que le cortaran la cabeza al rey mártir.»

Nuevo saludo de los viejos. El narrador prosigue:

«Todos los corsarios de acá estaban mar

adentro. Salieron aprovechando un viento favorable.

»Sólo quedaba en Concarneau el lugre de Marcoff; no había finalizado su armamento. El lugre *San Luis*. Con él iba á hacerse Marcoff á la mar pocos días después.

»Marcoff andaba ocupado en juntar buena tripulación; y bebía, mientras se completaban el número y la calidad de los hombres, en una taberna del muelle. Bebía como nosotros ahora, en jarro; no como vosotros, en vasos finos de cristal.

»Se bebió mucho, se habló mucho también de los ingleses, y de lo que el *San Luis* iba á hacer y deshacer con los ingleses.

»Ya se retiraba Marcoff, cuando un aviso del vigía le anunció que estaba á la vista un barco extranjero, imposibilitado de navegar por culpa de la calma.

»Marcoff hizo camino á la atalaya.

»El barco extranjero se delineaba entre la niebla. Al romper ésta un rayo de sol, no hubo dudas. Aquel barco, por su corte, por su velamen, por su falta de bandera en popa, era un navío inglés. Un «brik» de comercio, sin defensa posible. Abordarlo y tomarlo resultaban una cosa misma.

»La ocasión era tentadora.

»Marcoff volvió á su lugre, empuñó la bocina y voceó á los cuatro vientos: «¡Treinta hombres de buena voluntad que quieran hacer una presa!...»

»Más de cien acudieron. Marcoff escogió los precisos. El lugre se puso en marcha, y la gente corrió al muelle para presenciar las cosas desde allí.

»El lugre avanzaba á fuerza de remos. Por fin se acertó la distancia entre los dos buques. Marcoff disparó su pedrero y la bandera francesa apareció en el palo del lugre. Un cañonazo y otro siguieron al de aviso; el bauprés del «brik» cayó partido en dos.

»Marcoff, cogiendo la bocina, intimó la rendición del «brik».

»No le dieron respuesta.

»—¡Parece una tripulación de sordomudos!—dijo Marcoff—. Veremos si poniéndoles en las orejas nuestras pistolas, oyen.

»El lugre estaba al costado del «brik». Una docena de hombres se lanzaron al abordaje.

»En aquel instante, la voz de ¡fuego! sonó en el puente del inglés. Cuarenta fusilazos resonaron á un tiempo, y los doce bretones cayeron mal heridos ó muertos.

»¡Calculaos la sorpresa de los del lugre! ¡Vaya, que hubo miedo, un instante, claro que un instante! Marcoff gritó: ¡Arriba! ¡Al abordaje! Y á pesar de las balas, él y sus bretones subieron á la cubierta del inglés.

»Allí les esperaba un recibimiento caluroso.

»Un regimiento de soldados ingleses, de malditas casacas rojas, hizo fuego sobre los nuestros.

»Los bretones recularon; los soldados ingleses avanzaron contra ellos con las bayonetas caladas. Fué aquello muy serio. Tres veces hicimos retroceder á los cangrejos; otras tres nos echaron ellos atrás. Y la gente caía, caía...

»Marcoff, viendo que sólo le quedaban vivos ocho hombres, abandonó el «brik».

»La brisa, recién levantada, empujó á éste, y los ingleses echaron mar adentro.

»Marcoff viró de bordo, rechinando los dientes, y puso proa á Concarneau.

»La multitud, agolpada en el puerto, había seguido las peripecias del combate, sólo que la distancia impedía darse cuenta del resultado. Pronto lo conocieron, viendo llena de muertos y de heridos la cubierta del lu-

gre. Un grito de horror crispó todos los labios.

»Marcoff, levantando la cabeza, saludó con la mano á un oficial de marina, amigo suyo.

»—¿Qué has hecho de la tripulación?— preguntó el oficial al corsario.

»Marcoff señaló con la mano el puente, lleno de cadáveres.

»—¡Qué! ¿Todos muertos?

»El corsario encogió los hombros impasible.

»—No se hacen tortillas sin romper huevos—contestó.

»Y echando yescas, puso fuego á la pipa.»

—¡Ah, morralla; así eran los viejos marineros bretones!—gruñó el narrador, apurando el jarro hasta lo último.

Ile aux Moins.



AGUAFUERTE

Surgió ante mí la postrimera luz del crepúsculo. Brujesca evocación parecía, imagen caótica arrancada á las aguasfuertes de Rops.

Social y patológicamente era un monstruo. Era mendiga y era inbécil; horrible de cara y contrahecha de intelecto.

Su cabezota oscilaba en el espacio como péndulo loco. Su boca se rasgaba para hacer más horrible el rostro con el rechinar de los dientes agudos.

Siniestra aparición fué la suya en la semi-noche, junto á los troncos del pinar verdinegro.

Por entre dos pinos surgió. Criatura de los paisajes tristes, aparecía en su sitio y á su hora.

Los árboles negreaban sobre la atmósfe-

ra tal que dibujados con tinta. Sus raíces, mal hundidas en tierra, reptileaban por el césped, buscándose, retorciéndose, enroscándose las unas á las otras como serpientes en batalla. El césped, empalidecido con la perpetua sombra, era cenizoso. El reflejo último del sol teñía las ramas altas de resplandores espectrales. Una lechuza y un buho se saludaban desde lejos con gritos rechinosos. El aire hacía ¡chits!, al partirse contra las hojas.

Templo de valpurgis, palacio de aquelares, ara propicia á los sacrificios demoníacos, alcoba nupcial de monstruosas parejas, resultaba el ensombrado bosque.

A él debieron acudir en las rituales noches del Sábado las brujas de otro siglo para recoger los mandamientos de su dios, Satanás; allí se embriagarían con pócimas nauseabundas; allí molerían con su enciaje desdentado los manjares avérrnicos; allí untarían sus órganos seniles para resucitar juventudes muertas y entregarse á concupiscentes frenesíes, con sapos de circulares ojos, con diablos rabudos, con cabríos de ancas recias y luenga barba.

Allí irían las brujas; allí entonarían him-

nos á Belcebú; allí vibraría á la media noche el hálito del Irredimible.

Allí fué Rops, sin duda, á beber sus inspiraciones dantescas, á buscar los modelos de sus caprichos infernales; allí, en las vecindades de la noche, se me apareció súbito el trágico fantasma, hecho con carnes de mujer y con harapos de miseria.

Verla fué espanto de mi espíritu. Asco y miedo sentí. Mi ser todo experimentó el escalofrío y sufrió la náusea.

Era vieja; su cutis, reseco cordobán. Sus cabellos grises, burlescamente trasquilados, formaban crin de alimaña salvaje en su cabeza descubierta. Por el boquete de las órbitas asomaban los ojos redondos, estupefactos; los párpados se corrían sobre ellos como dos churretes de sangre. Su nariz, estrecha y aguda, á pico urraqueño tiraba; sus labios, no abiertos, distendidos por un tirón brutal de los músculos, descubrían dientes de loba. Aquellos dientes chirriaban en un continuo ir y venir; la espuma burbujeaba entre ellos. La barba, después de curvarse hacia la nariz, descolgábase en cuerdas rígidas para fenecer junto á un cuello ético que oscilaba con angustioso ritmo.

Una cofia llena de pringue enfundaba el busto de la vieja; por las hombreras de su pañoleta caían dos brazos angulosos; una falda rota en jirones descubría la media pierna. Al extremo de los brazos bailoteaban dedos garrudos; del tobillo arrancaban los pies. Eran manojos de sarmientos.

Tal fué la criatura de pesadilla que se me apareció. Esta criatura no hablaba, gruñía, extendiendo una de sus manos, guiñándome los ojos redondos, volviéndose toda ella mueca hambrienta é imbécil.

Y no era visión; no era fantasma de mis imaginaciones crepusculares. Ser vivo era, arrojado por el azar al paso mío, á la hora del crepúsculo, entre los pinares verdinegros, en el fondo solitario del bosque.

La Naturaleza había comenzado aquella dolorosa escultura; la sociedad la perfeccionó. A la idiota añadió la mendiga. A la imbecilidad puso el abandono por rúbrica...

La boca continuaba gruñendo, los redondos ojos guiñándose, la mano extendida temblaba; acentuábase el rítmico ir y venir de la cabezota sobre el cuello.

Llevaba yo en el bolsillo restos de merienda y se los ofrecí á la idiota.

No fué cogernos, fué arrebatarnos de un zarpazo su acción. Con gesto de alimaña fármica, hizo presa en ellos. Su garganta modulaba ronquidos de amenaza y placer.

De pronto, pegó un salto y huyó con la remordida presa en los dientes.

El postrimero reflejo del crepúsculo se extinguió. La bestia humana en fuga volvióse sombra entre los huecos del pinar. Aún veía yo su cabeza-péndulo ir y venir en las negruras del paisaje.

La lechuza prorrumpió en grito victorioso; respondiéndola el buho. A un tiempo abandonaron los distintos árboles en que se cobijaban, y volaron al encuentro una de otro.

El ruido de sus alas trajo al espacio una tristeza más.

Todo fué tinieblas después.

Karnac.





CAMPESINA

El sol ha caído tras los pinos. Una pequeña nube se enrojece con los postrimeros alentares del astro. El resto del cielo se ha hecho gris. Las cencerros del ganado sueñan con ecos melancólicos en las praderías, acompañando el coplear de los pastores que regresan hacia la alquería agujoneando las perezosas bestias.

También nosotros regresamos con la escopeta al hombro y la conversación en las bocas. Los cosarios llevan á la cintura la caza; los perros jadean, olfateándola glotonamente.

Todo es paz y dulcedumbre en el paisaje. La casa de labor blanquea entre los negruzcos matorrales; un porquero reúne á toque de cuerna sus legiones; una moza platica con su hombre en el anchuroso zaguán, y un jirón de humo, escapándose por la chi-

menea campesina, sube lentamente al espacio.

Entramos en el comedor. Me dejo caer en una silla, mientras mis compañeros se descapotan y arrinconan las escopetas. Parece que traigo en el alma las melancolías del crepúsculo, que algo semejante á la luz solar—acaso la esperanza y la dicha—agoniza dentro de mí.

Apoyo los codos sobre las rodillas y la cabeza contra las palmas de las manos, sumergiéndome en espirituales tinieblas, como se sumerge en sombras el paisaje que transparenta los vidrios de la angosta ventana.

¿Serán este desmayo, este aniquilamiento, esta obscuridad en que mis ideas se pierden, uno de aquellos estados anímicos precursores de trágicos hundimientos morales? Tal vez no sea eso; tal vez dicha y esperanza no agonicen en mí; tal vez mi espíritu sufre, como toda la Naturaleza, la modorra crepuscular y se entrega á ella para reamanecer más viril y más fuerte.

Un crujir de ramas y un alegre chisporroteo me hacen levantar la cabeza. Es la chimenea campesina, que entra en funciones para disponernos la cena.

La leña rompe á arder entre humos blancos y llamas bermejas, amarillas, azules. Piérdese el humo por la boca de la campana; bailan las llamas danzares fantásticos sobre el ramaje seco; risas son ellas que alegran la augusta majestad del crepúsculo.

—¡Vamos—gritan mis amigos, dirigiéndose á mí—, sacude las tristezas! Hay que destapar un barril de vino y beberlo con los trabajadores, con estos bretones de tu predilección. Solicitan licencia para entrar y entretenerse con los cantos y con los bailes del país.

Son quince ó veinte hombres y media docena de mujeres. Las crudezas del aire y del sol tostaron sus rostros; las toscas vestiduras marcan el recio dibujo de sus cuerpos, hechos á pelear con las brusquedades del clima. Aún cuaja sobre sus caras en negros churretes el sudor de la campesina tarea; aún hay en sus manos pegotes de tierra húmeda y salpicaduras de estiércol. La pelambre de ellos cae en descompuestos mechones sobre las tercas frentes; el moño de ellas desgréfiase por las espaldas y las nuca.

Un olor bravío se exhala de tales criatu-

ras. En sordo coro dan un expresivo buenas tardes. Luego quedan junto á la puerta, formando dos grupos: á un lado las hembras, los machos á otro; ellos, con las cabezas bajas y el ademán servil; ellas, con los rostros medio ocultos por el dosel de los sombreros y con los brazos caídos á lo largo de las caderas.

El hábito de la servidumbre, infiltrado en su sangre con la herencia de cien generaciones, les hace parecer, más que trabajadores, libres para dar ó negar su esfuerzo, tropa de esclavos, recua.

¿Es que los amos de esta gente son duros? ¿Es que son crueles? Bondadosos y amables son; con sincero afecto la tratan. Es que las distancias y los desniveles sociales no sólo se han apoderado de las leyes; se han apoderado de las almas, y sobre ellas imperan contra la voluntad y contra el derecho de los propios hombres que las sufren.

Esta labor egoísta y cruel, realizada por los hombres para dividir y distanciar á quienes hizo Naturaleza hermanos, ha sido inteligente. Para imponerla se han inventado leyes y fusiles y cárceles; para que los por ella perjudicados la soporten, se han echado

sobre ellos siglos de ignorancia y esclavitud.

¿Cuánto tiempo, cuántos dolores, cuántas luchas costará destruir el influjo de la inicua labor?...

El vino rebosa en los jarros. Los vasos circulan sin distinción de amos y jornaleros, entre la concurrencia; las conversaciones se entablan de unos á otros; perezosas y cortadas en sus comienzos; vivas y francas después.

Los primeros acordes de la gaita y la primer estrofa del canto, tardan minutos, llenos de dudas y vacilaciones, en sonar.

Al cabo preludia sus notas la gaita; sube el cantar al aire y la danza principia.

Es lenta, ceremoniosa, grave.

Las mujeres marchan despacio, á pasos cortos, llevando el compás de la gaita. Sus ojos miran á tierra; sus brazos caen á lo largo del cuerpo; su cabeza se inclina melancólicamente hacia el hombro.

Los hombres, destocada la testa, alta la frente, severa la actitud, marchan al lado de las hembras.

Al terminar el canto, el hombre da tres pasos, hace cara á la bailadora, coge entre sus manos las de ella y da tres vueltas rít-

micas en torno del círculo que forman los cantores. Luego, hombre y mujer vuelven á su postura de antes.

El coro canta. Su canto es monótono. Más hay en él de salmodia que de cantar.

Música, danza y cantos tienen levadura religiosa. Inspirados se hallan en las ceremonias sacerdotales de los celtas. Superviven en ellos las fiestas sacras del druida.

No obstante la gravedad del baile y la tristeza de la música, los rostros se animan, coloreados por el vino; los labios sonríen. Todos cantan y bailan, amos y criados, sin distinciones, sin repulgos, como iguales, como compañeros que vierten juntos un poco de placer y felicidad sobre las penalidades del vivir.

Ya no hay diferencias entre unos y otros, todos por igual fraternizan; todos aguzan su afabilidad y su ingenio para dar placer á los contertulios. Una corriente humana, verdaderamente humana, se establece entre aquella treintena de seres... Las llamas que saltan sobre el ramaje en la chimenea, parecen manos de fuego que se juntan para aplaudir.

Yo gozo, gozo intensa, hondamente con

aquel espectáculo, con aquella hermosísima reunión. Acaso algún día—aunque esté lejano no importa—acaso algún día no serán treinta hombres los que olviden por breves horas sociales diferencias y como iguales se traten y respeten. Serán todos los hombres los que se amen así y todas las horas las que se aprovechen para este amor.

Veo con los ojos de la imaginación caer las paredes de la sala para convertirse en el mundo entero; veo tornarse las treinta criaturas humanas millones de criaturas, todas las criaturas humanas, sin que haya entre ellos ricos y pobres, sin obedecer á otra ley que á la de la justicia y á la del amor; las veo fraternizando, confundiéndose en un abrazo firme y leal, mientras, no el pobre llamaje de una chimenea campesina, el rayar áureo del sol preside aquella fiesta que vuelve la tierra paraíso...

Plhuerlin.





ADAN Y EVA

Ha tres días soy inquilino en las márgenes del Vilaine. Por ellas voy esquivo, apartándome de la gente, sumergiéndome en olas de verdura.

Música de trinos me brindan los ruiseñores y jilgueros; perfumes los recién abiertos capullos; sombra las copas de los árboles. El río corre por delante de mí. Sus ondas van y van, unas en pos de otras. Van y van, murmurando misterios, persiguiéndose de continuo, sin alcanzarse nunca...

Al ras de las ondas hay una casita de altos muros. Ella acoge mi cuerpo cuando éste solicita descanso. Junto á la puerta se alza un banco de piedra. En él tomo asiento; quedo inmóvil y las horas pasan y mis ideas van y van... Hermanas son de las ondas de Vilaine en desmayo y en inquietud.

Los arbustos ribereños refrescan en el río las curvadas puntas del ramaje. La hierba es tapiz; ligeras espumas bordan arabes-